

## LIBROS

---

*La crisi baixmedieval a la Corona d'Aragó (1350-1450)*,  
de Lluís Tudela Villalonga y Pau Cateura Bennàsser (coords.)



*Grandes mercaderes de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media.  
Zaragoza y sus mayores fortunas mercantiles (1380-1430)*,  
de Sandra de la Torre Gonzalo



«A la honor e mostrar stado». *La música en la corte  
de Juan II de Aragón*, de Francesc Villanueva Serrano



*El gobierno de la virtud. Política y moral en la Monarquía Hispánica  
(siglos XVI- XVIII)*, de Juan Francisco Pardo Molero (ed.)



*El conde duque de Olivares. La búsqueda de la privanza perfecta*,  
de Manuel Rivero Rodríguez



*Los negocios y las letras. El editor Francisco  
de Paula Mellado (1807-1876)*, de Jesús A. Martínez Martín



*La montaña sagrada. Conferencias en torno a Montejurra*,  
de Francisco Javier Caspistegui, Jeremy MacClancy y Manuel Martorell



*Arguing about Empire. Imperial Rhetoric in Britain  
and France (1882-1956)*, de Martin Thomas y Richard Toye



*Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*,  
de Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds.)



Reseñas de:

Guillermo Vijil Picot, Elena Maccioni,  
Irene Velasco Marta, Laura Malo Barranco,  
Jaime Elipe Soriano, Jordi Canal, Ignacio Olábarri Gortázar,  
Alfonso Bermúdez Mombiela, Elena Hernández Sandoica



## Una revisión de la crisis del siglo XIV en la Corona de Aragón

Lluís Tudela Villalonga y Pau Cateura Bennàsser (coords.), *La crisi baix-medieval a la Corona d'Aragó (1350-1450)*, Palma, Illa, 2019, 245 pp.

Este volumen, publicado en 2018 bajo la coordinación de los profesores de la Universidad de las Islas Baleares Pau Cateura y Lluís Tudela, ofrece una revisión novedosa del carácter e impacto de la crisis de crecimiento del siglo XIV en los distintos territorios ibéricos de la Corona de Aragón. El necesario esfuerzo realizado se enmarca en la historiografía reciente sobre la crisis en toda Europa, junto a trabajos tan destacados en la materia como los de Paulino Iradiel, Julio Valdeón, Antoni Furió o Stephan Epstein. Así, se trata de una obra en la que se cuestionan las tesis canónicas que habían definido los siglos XIV y XV como un período de hambrunas, epidemias, malas cosechas y descenso demográfico, productivo y comercial sin paliativos, matizando ese cariz catastrofista con un enfoque centrado en los procesos de transformación económica y social que dieron lugar a una nueva fase dentro del sistema de producción feudal. Para ello, contrastados investigadores emplean una amplia variedad de indicadores fiscales, financieros, productivos y demográficos, apoyados en la rica documentación municipal, notarial y cancelleresca conservada en la Corona de Aragón.

Los artículos del libro pueden clasificarse en función de los territorios estudiados. Pau Cateura ofrece una completa revisión de la crisis en el reino de Mallorca, con especial énfasis en el sistema financiero. La deuda provocada por la venta de rentas en forma de censales llevó a muchos municipios a la quiebra y obligó a poner los recursos fiscales del reino al servicio de la deuda. Cateura enmarca la situación mallorquina dentro de la dinámica propia del resto de la Corona, en pleno proceso de estatización fiscal. A continuación, Lluís Tudela emplea un indicativo fiscal como la *lleuda* (impuesto sobre la entrada de productos extranjeros en el puerto) para cuestionar la existencia de una crisis sostenida en el comercio mallorquín, al señalar períodos de auténtica bonanza a finales del siglo XIV gracias al cobro de grandes aranceles a mercaderes florentinos y venecianos. Ricard Urgell se centra en la primera mitad del siglo XV y analiza la Consignación de 1405, un procedimiento por el que la *universidad* de Mallorca se comprometía con los compradores de censales y violarios a dedicar la totalidad de sus ingresos por vía fiscal indirecta al pago de las rentas vendidas (mientras mantenía cubiertas sus necesidades financieras gracias a las *tallas*). Antoni Mayol, en este recorrido sectorial por la economía mallorquina, se centra en las *imposicions* indirectas sobre el vino y concluye que existieron períodos de profundas dificultades para los productores y vendedores vitícolas, al aumentar los gravámenes sin que hubiese un incremento de la producción

y el consumo correspondiente. Esther Tello señala en su colaboración que la Iglesia mallorquina fue una de las instituciones más resistentes a la crisis, pues en el siglo XIV se produce una congelación de la cuantía de los beneficios eclesiásticos, que permite acumular ingresos en pleno proceso de desarrollo de la fiscalidad pontificia.

Para el caso de Cataluña, Pere Verdès se alinea en su artículo al lado de quienes defienden que, pese a un matizable descenso demográfico en villas como la de Cervera durante las últimas décadas del siglo XIV, el verdadero momento de crisis en el Principado se vivió al concluir la guerra civil catalana (1472). Hasta entonces, como la respuesta a la deuda o la caída del valor de los arrendamientos de las imposiciones, habían sufrido una lenta desaceleración. Por su parte, Andreu Galera define el siglo XV en el señorío laico de Cardona como período de crisis más que evidente, ante la caída de los arrendamientos de las imposiciones, provocada por el descenso demográfico, que hundió el consumo, y por una creciente espiral de endeudamiento censal, inasumible para los señores del lugar.

En cuanto a Valencia, Luis Almenar plantea el gran desarrollo de la industria cerámica en el siglo XIV, cada vez más destinada a la cotidianeidad de la mesa y menos al almacenaje de grandes cantidades de mercancías, si bien no termina de explicar los motivos que llevaron al crecimiento masivo del consumo. Pau Viciano señala que Valencia resiste mejor los envites de la peste que Aragón y Cataluña, con un gran crecimiento a lo largo

del siglo XV, especialmente en los señoríos solariegos en contraste con el realengo. Pone en valor el papel jugado por las comunidades rurales así como por los elementos islámicos.

Para Aragón, Mario Lafuente estudia la situación financiera del municipio zaragozano en los siglos XIV y XV. La ciudad consiguió que los gastos destinados a pagar la deuda censal y el interés de los censales fuese siempre moderado. Asimismo, introduce un novedoso análisis de la emisión censal como mecanismo financiero empleado por una asociación de propietarios de tierras. Finalmente, Íñigo Muñueta cierra la obra con un estudio sectorial de la crisis en Navarra, descrita como particularmente dañina por historiadores de las últimas décadas. La peste aparece como el detonante del descenso demográfico. A partir de ese momento, Muñueta aprecia una mejor adaptación a las nuevas características económicas por parte de las zonas más desarrolladas artesanal y comercialmente, lo que le lleva a hablar de reestructuración económica.

Además de estos estudios de perspectiva local, el libro cuenta con artículos que emplean un enfoque a escala global de la Corona. Antoni Riera estudia el impacto de la caída demográfica en los diferentes sectores productivos, a fin de definir si la crisis fue un fenómeno continuado o una sucesión de episodios críticos sin relación entre sí. Su conclusión permite entender la crisis como un marco temporal de transformaciones estructurales dentro de una línea de crecimiento progresivo y renovación, jalonado, eso sí, de momentos críticos

cortos y asincrónicos en distintos sectores. Pone en valor las mejoras en la industria pañera y el comercio como el proteccionismo, la importación de nuevas formas de producción o la expansión de las redes comerciales. Guillem Chismol analiza las diferentes fuentes de ingreso de la hacienda real de Pedro IV. La falta de liquidez obliga al monarca a alienar posesiones de su realengó y recurrir a nuevas fuentes fiscales, en un contexto en el que el desarrollo de una hacienda propia del General en sus reinos complica la tarea recaudatoria al monarca.

En definitiva, un libro necesario para entender la crisis en los territorios de la Corona al calor de las teorías más aceptadas entre la historiografía actual, que abandonan la noción de la Baja Edad Media como fin de la expansión del siglo XIII y postulan su carácter de crisis de crecimiento e impulso hacia el capitalismo, con momentos de decrecimiento demográfico, productivo, financiero y comercial, pero también cambios positivos hacia nuevas estructuras económicas y sociales. No obstante, queda pendiente un trabajo de síntesis que integre estudios de todos los sectores aquí observados a escala global de la Corona, así como un enfoque más centrado en las consecuencias que los mencionados cambios estructurales en la fiscalidad, la producción, el comercio o el consumo tuvieron para las clases subalternas, protagonistas de las labores de producción y objeto de la exacción fiscal.

Guillermo VIJIL PICOT  
*Universidad de Zaragoza*

## Commercio, banca e feudo a Saragozza fra XIV e XV secolo

Sandra de la Torre Gonzalo, *Grandes mercaderes de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media. Zaragoza y sus mayores fortunas mercantiles, 1380-1430*, Madrid, CSIC, 2018, 435 pp.

Il volume molto ben strutturato si articola in cinque capitoli, ciascuno dei quali segue le vicende familiari e mercantili-finanziarie di una serie di importanti operatori economici della Saragozza di fine Trecento e inizio Quattrocento, ovvero delle tre aziende familiari più attive sia sul piano degli affari che di quello delle relazioni politiche: Coscó, Casaldáguila e Don Sancho. Attraverso i protagonisti, l'autrice ripercorre la parabola ascendente dell'élite economica aragonese che, passando per il mercato delle merci tipiche del protocapitalismo tardo medievale, arriva a maturare una capacità finanziaria tale da entrare nel meccanismo di finanziamento delle istituzioni e della corte regia, ottenendo in cambio appoggio politico.

L'approccio prosopografico è stato permesso dalla consultazione di una grande varietà e abbondanza di fonti, da quelle notarili a quelle istituzionali statali (in particolare del maestro razionale) e private nobiliari, tutte analizzate nel capitolo introduttivo al volume, e ben inquadrare all'interno del contesto generale della Corona e del Mediterraneo, nonché in quello specifico della capitale aragonese.

L'analisi prende piede con la descrizione del patrimonio di Beltrán de Coscó nel 1410, al momento della realizzazione del suo testamento. La preziosissima fonte fotografa un momento cruciale nel percorso di ascesa sociale della famiglia Coscó, ovvero il primo tentativo di trasformare, secondo una strategia tipica delle élites economiche continentali, la propria buona fama e parte del proprio capitale in signoria feudale. Questo è grosso modo il filo che corre lungo l'intera narrazione e che in parte accomuna tutti i protagonisti dello studio. Si tratta cioè del processo di accumulazione, investimento nelle rendite e mobilità sociale ascendente.

Tutte e tre le imprese protagoniste dello studio avevano origine esterna: non emersero dal gruppo di potere locale cittadino, ma si fecero strada lungo il XIV secolo, una volta accumulato un certo patrimonio in contesti non cittadini del regno stesso aragonese o del Principato catalano. Beltrán de Coscó sfruttò probabilmente i legami di potere con l'arcivescovo di Saragozza; i Casaldáguila, arricchitisi a Manresa, fecero fortuna prima a Barcellona e, entrando nel meccanismo di costruzione del debito pubblico catalanoaragonese, colsero le occasioni di investimento in Aragona; Juan Don Sancho beneficiò invece di vantaggiose relazioni con la corte di Giovanni il Cacciatore. I binari sui quali corsero a costruire le proprie fortune furono dunque numerosi e diversamente intrecciati. Da una parte vanno ricordati quelli di natura strettamente politica e fi-

nanziaria: le tre imprese si rivelarono abilissime a sfruttare le esigenze finanziarie della corte (specie nel periodo a cavallo fra i due secoli), così come ad entrare nel lucroso mondo degli appalti delle gabelle (in particolare delle *generalitats*). Dall'altra parte seppero riconoscere i settori allora in piena espansione: l'industria tessile e il mercato internazionale dei cereali. Altrettanto significative furono le capacità di tessere relazioni sia con le alte gerarchie della Corona e della Chiesa, sia con il mondo ebraico, il cui ruolo, specie all'indomani delle conversioni forzate di fine Trecento, sono una chiave essenziale nell'interpretazione delle evoluzioni dei gruppi di potere aragonesi del XV secolo inoltrato.

L'autrice, oltre a procedere all'analisi dei patrimoni e delle strategie di gestione aziendale e familiare, assume un punto di vista mutuato dalle discipline antropologiche e dalla sociologia. Riconosce così una serie di elementi che insieme alle strategie economico-finanziarie hanno permesso all'élite di costruire una propria ideologia a salvaguardia dell'identità di gruppo. Entra in scena dunque l'analisi del ruolo sociale ricoperto dalla fama, essenziale alla fiducia (indispensabile alla buona riuscita degli affari), dalla condivisione di medesime appartenenze confraternali e, in questo senso, dalla necessità di finanziare la costruzione dei simboli dell'appartenenza e del prestigio (come le cappelle dedicate). Il «capitale simbolico», contabilizzabile in successo economico e sociale, trovava modo di manifestarsi visiva-

mente attraverso il controllo dello spazio cittadino, sia dei luoghi della socialità pubblica (le piazze, le chiese e i quartieri), sia di quegli spazi destinati alla vita politica. Se tuttavia in altri contesti cittadini, come quello barcellonese, una delle strategie di ascesa sociale passava anche per l'accesso agli uffici pubblici cittadini, a Saragozza i componenti di questa élite economica preferirono di gran lunga gli incarichi in uffici centrali. In linea con i valori aristocratici saragozzani, anche questi personaggi condivisero con la nobiltà un determinato orizzonte di pensiero. Il denaro venne per questo utilizzato anche per l'acquisto di feudi e il passaggio al cavalierato (specie con le seconde generazioni). A tale scopo giocarono un ruolo di primo piano le strategie matrimoniali.

Il capitolo due è interamente dedicato all'organizzazione degli affari e ai percorsi di promozione o di diversificazione dell'attività. Interessante risulta ad esempio l'analisi del ruolo delle donne all'interno della famiglia-impresa. In un contesto di specializzazione e gerarchizzazione, le mogli e le vedove (soprattutto) potevano assumere il controllo della famiglia e degli affari in mancanza del capofamiglia, con una funzione importante nel mantenimento degli standard di vita e nel successo del gruppo. La loro azione sfruttava non solo le conoscenze tecniche di tipo contabile e giuridico acquisite informalmente e quotidianamente, ma anche la rete di amicizie e clientele spesso derivanti da politiche matrimoniali oculate.

Il capitale veniva investito in affari affidati ciascuno a contratti diversi e brevi. Essenziale era a cavallo fra il Trecento e il Quattrocento la produzione e il commercio a grande scala come al dettaglio dei tessuti di lana. Il settore coinvolgeva grosso modo tutta la Corona e permise la creazione di reti di relazioni che da Saragozza passavano per Barcellona, in primo luogo, e per le altre capitali finanziarie ed esportatrici della Corona, arrivando alla Castiglia e al nord Europa. La compagnia Coscò fece il proprio successo proprio a partire dal commercio dei pannilana. Il ramo saragozzano dei Casaldàguila, invece, impiegò le proprie capacità economiche soprattutto nel campo degli appalti delle gabelle e nell'esportazione a grande scala di ferro, lana e cereali, in un sistema che da tempo è stato riconosciuto dagli storici come esempio di economia integrata. Parallelamente all'attività di commercio e all'appalto delle imposte, le imprese in questione praticavano l'attività bancaria. Saragozza non era centro finanziario degno di nota, per cui la loro attività era monopolizzata specialmente dal prestito al consumo, agli esponenti della nobiltà e persino alla monarchia. L'altro versante di interesse, riguardante il settore istituzionale, era costituito dagli investimenti nei sicuri titoli del debito pubblico, i cui benefici avevano la tendenza a calare nel tempo ma erano garanzia di rendite poco rischiose. Accanto a questo, i capitali guadagnati attraverso il commercio e la banca venivano ben presto investiti nella proprietà. Gli immobili e il

terreno agricolo rendevano non solo perché gestiti attraverso contratti di mezzadria o enfiteusi, ma perché erano fonte di prestigio.

Il volume rappresenta un importantissimo contributo alla conoscenza del mondo economico, dell'impresa, ma anche del potere e delle relazioni fra mondo mercantile e nobiliare nel tardo medioevo mediterraneo. Lo scarso interesse riservato tradizionalmente dalla storiografia alle città dell'entroterra viene oggi gradualmente colmato da giovani studiosi (specie da coloro che lavorano nel gruppo CEMA dell'Università di Saragozza) fra i quali va inserita Sandra de la Torre. Il suo studio ha numerosi pregi di tipo espositivo e metodologico. Come prima cosa è introdotto da una esposizione chiarissima della metodologia adottata e dello stato della ricerca, approccio che ne sostanzia il valore scientifico. Di seguito prende corpo un'esposizione chiara, ben strutturata e ferma. Vengono descritte le strategie economiche e di potere di questi grandi mercanti e banchieri catalanoaragonesi, ma non si cade mai in un'arida ricostruzione dei fatti. La narrazione è arricchita infatti da continue riflessioni di carattere generale, volte al riconoscimento di tendenze di fondo, anche in controtendenza rispetto alla vulgata storiografica. Emerge quindi un mondo sfaccettato e articolato, in continuo mutamento e i cui protagonisti sono portatori di valori in evoluzione. Al centro si staglia la volontà comune di mantenere o accrescere il patrimonio, il proprio potere e di salvaguardare il riconoscimento sociale

della famiglia, vero motore delle imprese d'affari di questo sistema monarchico dai valori profondamente feudali. In tutto ciò non manca l'elemento politico, essenziale per vedere garantiti privilegi e protezione. La narrazione è arricchita da riferimenti bibliografici puntuali e ragionati. Infine, l'apertura al confronto è garantita dal ricorso ad una letteratura internazionale, specie italiana, francese e anglosassone, che fra l'altro ha prodotto gli studi più importanti sul mondo dell'economia del Mediterraneo di fine Medioevo.

Elena MACCIONI

*Università degli Studi di Cagliari*

## El oficio de ser músico en la corte de Juan II de Aragón

Francesc Villanueva Serrano, «*A la honor e mostrar stado*». *La música en la corte de Juan II de Aragón*, Madrid, Sociedad Española de Musicología, 2016, 422 pp.

La historiografía tradicional ha dedicado una reducida atención al reinado de Juan II de Aragón (1458-1479). Los escasos trabajos referidos a su figura, entorno social, iniciativas políticas y estrategias de gobierno han pasado desapercibidos entre la más que abundante cantidad de publicaciones dedicadas a los reinados de su hermano Alfonso V (1416-1458) y de su hijo Fernando



II (1479-1516). Sin embargo, dicha tendencia ha comenzado a revertirse estos últimos años gracias a interesantes artículos y monografías como la que ahora nos ocupa. «*A la honor e mostrar stado*». *La música en la corte de Juan II de Aragón* supone la traducción al castellano de una parte de la tesis doctoral de Francesc Villanueva Serrano sobre Guillem de Podio, tratadista musical y oficial en la corte de Juan II, que fue defendida en la Universidad Politécnica de Valencia en 2016 y publicada en ese mismo año por la Sociedad Española de Musicología (SedeM).

En esta publicación, su autor deja a un lado la figura de Guillem de Podio, que únicamente es abordada de manera tangencial, para dedicarse al estudio de la integración de la música en la corte de Juan II de Aragón, tanto en los aspectos puramente musicales como en sus dimensiones jurídica, administrativa, económica y social. De esta manera, «*A la honor e mostrar stado*»... se divide en cuatro bloques, el primero de los cuales ofrece una breve aproximación al reinado de Juan II de Aragón (1458-1479) que puede resultar particularmente interesante para un público no especializado, aunque posiblemente se quede corta para aquellas personas conocedoras de la Historia de la Corona de Aragón en época bajomedieval.

El segundo de los bloques está encaminado al análisis de la incardinación de los músicos en la estructura jurídico-administrativa de la corte de Juan II teniendo en cuenta las ordenanzas y adiciones relativas

a la capilla regia promulgadas por sus predecesores, entre las que sobresalen particularmente las *Ordinaciones* de Pedro IV y las adiciones que Martín I y Alfonso V hicieron a las mismas. Por su parte, en los dos últimos bloques se abordan el régimen económico de quienes se dedicaban a la música en el entorno cortesano y las características de su ingreso e integración en el mismo, y se analizan los distintos perfiles de músicos que convergían en la corte de Juan II de Aragón: desde los instrumentistas pertenecientes al ámbito más puramente privado hasta los cantores y organistas de la capilla regia, pasando por aquellos que desarrollaban su oficio en la esfera pública, como los ministriles, trompetas, atabaleros y tamborinos.

Entre toda esta variedad de músicos, quienes disfrutaron de una situación económica más ventajosa fueron los capellanes y cantores de capilla, quienes tenían asignadas unas retribuciones ordinarias sustancialmente superiores a las de los cantores de corte, ministriles, trompetas, atabaleros y tamborinos. Además, Villanueva Serrano señala como la propia coyuntura política y económica atravesada por la Corona de Aragón durante el reinado de Juan II benefició, en cierta manera, a los miembros de la capilla real. En este sentido, enfrentamientos bélicos de tal envergadura como la guerra de Navarra (1451-1464) y la guerra civil catalana (1462-1472) incrementaron considerablemente el endeudamiento regio y captaron prácticamente toda la atención del soberano, que

decidió canalizar hacia la guerra buena parte de sus recursos económicos, inclusive aquellos originariamente destinados a hacer frente a los gastos de su casa y corte y, en consecuencia, sustituir las quitaciones ordinarias entregadas a sus oficiales por otro tipo de compensaciones retributivas.

De esta manera, los miembros de la capilla real recibieron más de un centenar de prebendas de la Iglesia procedentes del patronato regio, como beneficios, rectorías, capellanías, canonjías y prioratos, y otros tantos beneficios de la reserva papal que el monarca poseía. Pero esta recepción de beneficios y promoción social de los miembros de la capilla regia continuó una vez concluida la guerra de Cataluña, cuando estos capellanes y cantores de capilla recibieron importantes territorios y cuantiosas rentas incautadas en el trascurso de la contienda. Igualmente, el autor indica como, tras la muerte de Juan II, la trayectoria profesional de los miembros de su capilla no se estancó, sino que la mayoría de ellos promocionaron a ventajosos puestos en las catedrales de Zaragoza, Valencia y Barcelona, donde ejercieron, en la mayor parte de casos, como maestros de canto, cantores y organistas.

Por otra parte, «*A la honor e mostrar stado*»... muestra con claridad la marcada heterogeneidad en la composición de la capilla de Juan II de Aragón, un aspecto que es extrapolable al resto de su corte y que queda justificado por las propias características de su reinado. La corte

del tercer Trastámara aragonés fue, sin lugar a duda, una institución móvil cuya composición fue variando a lo largo de su reinado. Así, la casa y corte iniciales de Juan II, creadas al ser coronado como rey de Navarra en 1429, se vieron considerablemente incrementadas en décadas posteriores con la asunción, tras su fallecimiento en 1458, de los oficiales de Alfonso V y, apenas tres años después, de los de su hijo Carlos de Viana. Tal y como indica Villanueva Serrano, esta coyuntura favoreció el intercambio cultural entre cortes y la progresiva italianización del repertorio musical de la capilla de Juan II, que inicialmente había tenido una mayor afinidad con los usos, costumbres y estructura de la corte de Martín I que con la de su hermano Alfonso V, y más aún que con la de Fernando II, profundamente castellanizada. De igual manera, esta situación permitió la consolidación de la capilla de Juan II como un espacio de primer orden para la transmisión de ideas y doctrinas musicales a nivel europeo.

Pero, desde una perspectiva más histórica que musicológica, la principal virtud de esta publicación reside en el amplio corpus documental y el catálogo prosopográfico que la acompañan. En este sentido, a pesar de las dificultades para conocer el repertorio musical de la capilla y la cámara regia derivadas de la ausencia de códices de música polifónica vinculados directamente con la corte de Juan II de Aragón, Villanueva Serrano ha conseguido arrojar más luz sobre el estado de la música –y

de los músicos— durante su reinado mediante el vaciado sistemático de series documentales ya conocidas del Archivo de la Corona de Aragón, así como de otras que hasta ahora no habían sido empleadas, en su mayoría procedentes de la sección *Maestre Racional* del Archivo del Reino de Valencia. Dada la escasez de volúmenes de las series *Tesorería* y *Real Patrimonio* alojados en el Archivo de la Corona de Aragón, estas últimas fuentes resultan especialmente útiles para el estudio de la tesorería de Juan II y de todo el entramado social articulado en torno a la figura regía.

Además, el autor ha incorporado a esta publicación las transcripciones de aquellos documentos más interesantes y esclarecedores y la clasificación prosopográfica de decenas de músicos que, en algún momento de sus carreras profesionales, sirvieron en la Casa de Juan II o en la de algún otro miembro de la familia real, como las de la reina Juana Enríquez o los infantes Fernando y Juana. De igual modo, ambos anexos aparecen acompañados por una exhaustiva reconstrucción de los itinerarios de Juan II y Juana Enríquez entre 1458 y sus respectivas muertes, en 1479 y 1468. A pesar de haber sido realizados de manera aproximativa, ambos listados resultan particularmente útiles para quienes desean profundizar en el estudio de determinados aspectos del reinado de Juan II de Aragón y que, en ocasiones, ven su labor entorpecida por la amplia movilidad de los soberanos derivada de los numerosos conflictos y enfrentamientos bélicos en los que la Corona

de Aragón se vio envuelta durante las décadas centrales del siglo XV, así como de los intereses puestos en la península Itálica, los episodios de lugartenencia del Príncipe de Viana y la propia Juana Enríquez, y de la itinerancia característica de las cortes bajomedievales aragonesas.

No obstante, la ampliación del corpus documental consultado podría dotar de mayor rigurosidad y exactitud a la reconstrucción de ambos itinerarios, si bien estos aspectos se alejan considerablemente del ámbito musicológico y, por consiguiente, de los propósitos iniciales de la investigación de Villanueva Serrano. Pero, más allá del campo de la musicología, no hay que perder de vista el notable interés de esta obra para el estudio de la Historia medieval y, particularmente, de las cortes y casas reales en la Corona de Aragón durante los últimos siglos del medioevo. En este sentido, «*A la honor e mostrar stado*»... puede ser especialmente interesante para ahondar en el conocimiento de los mecanismos de ascenso y promoción social en el marco de la corte, los fenómenos de movilidad y articulación de conexiones entre instituciones y territorios diversos y los procesos de construcción y consolidación de potentes redes clientelares que conectan a la realeza con los linajes nobiliarios y las ciudades más destacadas de la Corona de Aragón.

Irene VELASCO MARTA  
*Universidad de Zaragoza*

## Diversidad, espacios y virtudes en la modernidad hispánica

Juan Francisco Pardo Molero (ed.), *El gobierno de la virtud. Política y moral en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, FCE/Red Columnaria, 2017

La relación entre la virtud y el buen gobierno como eje para entender la política en la Edad Moderna es la idea que protagoniza el objetivo de este trabajo. Juan Francisco Pardo Molero presenta una obra coral compuesta por distintos capítulos que permiten viajar al lector a través de los territorios que formaron parte de los dominios de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna. Este viaje plantea diferentes e innovadores puntos de vista sobre la política llevada a cabo en los espacios gobernados por la corona española. Y, a la vez, presenta la diversidad existente en las prácticas de gobierno ligadas a la identidad y características propias de dichos territorios y sus protagonistas.

El desarrollo de la fiscalidad en Castilla abre el primer capítulo del libro para repasar la evolución de la idea de impuesto y su puesta en práctica por parte de los monarcas. David Alonso destaca en sus líneas como la fiscalidad quedó asociada a la moralidad y al deber de amparo entre los sujetos que conformaban el arco político. Así, el argumento de la necesidad legitimaba dichas re-

tribuciones, las cuales continuaron mostrando la puesta en práctica de la consulta al reino en materia impositiva por parte de los Austrias. Vinculado también al mundo económico, el trabajo de Pardo Molero participa en la obra planteando la práctica y criterios de gobierno del Real Patrimonio en el reino de Valencia durante la modernidad. Este aporta en sus líneas un cuidado estudio sobre el funcionamiento y los cargos que componían el Consejo valenciano y dirigían la gestión de las rentas ligadas a la Corona. Periodicidad, espacios, consejeros y registros de deliberaciones se entremezclan con la carga moral que conllevaba el saber económico, con el análisis de la utilización política y administrativa de valores, ideas y principios éticos, jurídicos o religiosos.

Andrea Vanni da el protagonismo de su capítulo a la figura de Gian Pietro Carafa, el papa Pablo IV. En su propuesta profundiza en las obras bibliográficas que han estudiado al personaje y arroja luz con nuevas fuentes sobre la difícil relación de Carafa con los soberanos españoles. Un recorrido biográfico a través de la experiencia vital del futuro papa, de su relación familiar con el mundo napolitano y su carrera eclesiástica, guía a través de la mutua desconfianza entre Carafa y Carlos V. En este punto, la acción dentro del libro se desplaza a un espacio distinto, hasta el norte de Europa. La virtud titula también la propuesta de Violet Soen que busca presentar como la idea de clemencia pasó a ser esencial en la discusión política y militar dentro

de la guerra de Flandes (1565-1585). Dicha virtud de la clemencia, como derecho de gracia y perdón del monarca y como necesidad ante un aumento de la crueldad en el plano militar, quedaba ligada a la aplicación de la moderación en el enfrentamiento entre católicos y protestantes. Esta rivalidad guía, con las palabras de Ives Junot, a través de la política de lucha comercial llevada a cabo para tratar de poner fin a la guerra contra las Provincias Unidas (1585-1609). En sus líneas se discuten los proyectos de bloqueo y exclusión holandesa de los mercados, en ocasiones ligados al protagonismo arbitrista en los Países Bajos españoles, que presentaban una estrategia de la Monarquía hispánica para reconciliarse con sus súbditos holandeses y detener el declive económico de las provincias reconciliadas.

De regreso a la Península, Teresa Canet se adentra en la cuestión de la expulsión de los moriscos desde un nuevo enfoque, el cual refleja las posibilidades vistas en ella para una nueva fundación y regeneración de la Monarquía. Dicho planteamiento llega de la mano de la figura y las obras del jurista valenciano Tomás Cerdán de Tallada. Defensor de las demandas de los vasallos moriscos en el señorío de Carlet con el fin de poner en cuestión al mero y mixto imperio de los señores, Cerdán de Tallada, aunque opuesto a la expulsión, buscó en ella un punto de partida para el saneamiento y la construcción de un nuevo Estado, en defensa de la legalidad foral, la jurisdicción real y el real patrimonio. El mundo de las galeras

y de la vida en el mar, surge de un modo muy interesante en la aportación de Manuel Lomas, que busca en sus líneas reivindicar la complejidad de los oficios que hacían posible el funcionamiento de aquellas naves capaces de construir imperios, extender la fe y llevar la paz a las naciones. Por medio de la literatura sobre las empresas marítimas y de los interesantes, a la vez que escasos, ejemplos de «espejos» que reflejaban las cualidades de los oficiales de galera, Lomas destaca el intelecto y la voluntad necesaria en ellos, una voluntad llena de virtudes morales, buenos hábitos y corrección de costumbres. Centrándose en un entorno muy distinto, Alberto Marcos aporta una destacada colección de ejemplos del mundo rural, por medio de los cuales es posible observar la situación de crisis castellana en el siglo XVII. La falta de población y la pérdida de fuerza económica quedaban ligadas al crecimiento de la tributación y al endeudamiento particular y municipal, que daban lugar a la redacción de memoriales al monarca en busca de ayuda ante la presión fiscal que definen los distintos casos trabajados.

El mundo americano queda también reflejado en la obra por medio de las líneas de Óscar Mazín, quien, a través de una comparación entre los territorios de Nueva España y Perú, realiza un interesante recorrido por la gestión territorial de los reinos y señoríos de Indias. Las diferencias entre ambos construyen un discurso que presenta la realidad económica, social y religiosa de los

espacios, así como los mecanismos de representación de las ciudades y su presencia en las Cortes peninsulares. La idea del virreinato lleva al texto hasta Nápoles con las palabras de Gaetano Sabatini, quien describe en sus líneas el proceso de lucha contra las carestías en el Nápoles español por medio de la obra titulada *Trattato dell'abondanza* (1638) escrita por Carlo Tapia. Con ella se introduce en el mundo napolitano y en el control del abastecimiento del trigo, mientras presenta las innovadoras soluciones dadas por Tapia en busca del buen gobierno que luchara contra la pobreza y el hambre del momento. Con una intención comparativa, Patricio Zamora realiza un repaso a la realidad cortesana de la Monarquía Hispánica y su evolución, frente a aquella desarrollada en el mundo virreinal americano. Las cortes virreinales y sus integrantes, especialmente la corte limeña, toman protagonismo en una interesante descripción de los componentes y funcionamiento de la sociedad cortesana en la América hispánica. El espacio mediterráneo toma de nuevo protagonismo con las palabras de Lluís J. Guia y su trabajo sobre el reino de Cerdeña, en el que destacan las directrices de la política de los Saboya en relación con el territorio sardo durante el siglo XVIII. La persistencia de las instituciones públicas y la legislación hispánica característica de la Corona de Aragón introduce los intentos de reforma ligados al absolutismo y la defensa de la nación sarda de finales del Siglo de las Luces hasta la

uniformidad del ordenamiento jurídico con el resto de los territorios saboyanos del año 1847. Por último, Yovana Celaya recupera el protagonismo americano para presentar las tensiones y discusiones en torno al gobierno de las finanzas de los ayuntamientos americanos a lo largo del siglo XVIII, fundamentalmente en el virreinato neogallego. Un conflicto, el de los propios y arbitrios, que, resuelto por la justicia del rey, trató de vigilarse a través de las contadurías y desembocó en un desgobierno de las finanzas locales a causa de las tensiones existentes.

De esta manera, Pardo Moleiro presenta a través de las palabras de numerosos autores una obra de temáticas, como ha podido comprobarse, muy variadas, que ofrece enfoques novedosos en relación con las formas de gobierno desarrolladas en los muy distintos territorios de la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna. Pese a la disparidad de los espacios, la lectura resulta atrayente gracias a lo diverso de los mismos y a las peculiaridades presentadas, que permiten a quien se acerca a ella obtener una imagen más amplia de las realidades de gobierno, un gobierno vinculado a la idea de la virtud y del buen ejercicio del poder que sorprende en sus líneas.

Laura MALO BARRANCO  
*Universidad de Zaragoza*

## Repensando el valimiento de Olivares: la confrontación de nuevas y viejas perspectivas

Manuel Rivero Rodríguez, *El conde duque de Olivares. La búsqueda de la *privanza perfecta**, Madrid, Polifemo, 2017, 326 pp.

No sorprende a nadie cuando se afirma que el género biográfico se encuentra actualmente en un estado bastante activo. Quizás sí pueda sorprender que, después de las incontables páginas dedicadas a según qué personajes, haya quien se atreva a acometer un estudio sobre una figura tan interesante como controvertida: don Gaspar de Guzmán y Pimentel, más conocido como el conde duque de Olivares.

El libro ante el que nos encontramos no es un estudio más sobre el valido de Felipe IV que profundice en alguno de sus aspectos; tampoco se trata de un estudio cronológico exhaustivo. Es algo diferente que, sin duda, hará replantearse al lector muchas de las afirmaciones sostenidas hasta ahora sobre su persona y principalmente sobre su praxis política. El profesor Manuel Rivero comienza la obra señalando que su objetivo fundamental a la hora de escribirla no fue otro que entender al conde duque como figura política, dejando de lado todas las imágenes (especialmente las de tirano y su contraposición de hombre de es-

tado) que nos han sido legadas desde el mismo siglo XVII hasta nuestros días. Evitando una narrativa determinista, avisa ya desde el comienzo –algo que puede verse reiterado a lo largo del estudio– que la política de Olivares poco tuvo que ver con la careada racionalización o modernización y, por el contrario, mucho con la adhesión a unos planteamientos morales y religiosos. Estos planteamientos principales son los que impulsan el estudio y hacen repensar buena parte de lo hasta ahora escrito sobre él.

Para desarrollar sus ideas, el autor se ha servido de siete capítulos a lo largo de los cuales trata distintos aspectos de forma más o menos cronológica, prestando especial atención a la articulación de los distintos estados miembros de la Monarquía. Fiel a una de sus premisas, el libro no arranca con el ascenso al poder del conde duque, sino estudiando la imagen que el valido quiso transmitir de sí mismo y de su ministerio, ilustrado claramente con los historiadores que siempre tuvo en nómina. Por supuesto, la propaganda de don Gaspar no solo se enfocó a las posesiones de su rey, también se hizo hacia el exterior, sobre todo tras el inicio de la guerra contra Luis XIII. Esta campaña fue respondida desde otros países europeos tachándolo de tirano y forjando el mito de que había pretendido reducir todo a una única ley, encarnizándose por ello con los catalanes. En este primer apartado se dedica espacio a desmontar la supuesta continuidad programática existente entre Olivares y los Borbones. Buena parte de las ideas del Gran Memorial parecen



encontrar feliz eco en los Decretos de Nueva Planta, que sí pudieron llevarse a cabo. Más de medio siglo después, las propuestas de don Gaspar se terminaron por ejecutar. Estos argumentos –falacias más bien–, repetidos más de lo necesario por la historiografía, son dismantelados fácilmente por Rivero, quien pone en tela de juicio la autenticidad del famoso Gran Memorial. Quizás sea uno de los puntos más polémicos de la obra, pero sin duda lo resuelve con notable solidez y solvencia. Baste decir que no existen testimonios positivos para sostener la posición de importancia que ha venido ocupando hasta ahora; no se sabe que fuera conocido en su momento y fue decisión arbitraria de algunos historiadores del XIX tenerlo por válido, pese a haber sido desechado por autores como Modesto Lafuente.

Continúa la obra viendo cuáles fueron los fundamentos de este «nuevo estilo de valimiento»; para ello traza un breve recorrido de su ascenso al poder. Llama la atención sobre las diferencias claras existentes entre los esquemas mentales de don Baltasar de Zúñiga y su sobrino el aún conde de Olivares. A pesar de que asaltaron el poder juntos, su concepción diametralmente opuesta de este llevó al retiro del segundo, hasta que la muerte sorprendió a don Baltasar en 1622. De esta forma, la *realpolitik* y el taticismo dieron paso al providencialismo y a una línea religiosa mucho más marcada. Resultan de especial interés los ejemplos que se ofrecen de la biblioteca personal del noble, muy acordes con el pensamiento imperante en el reino de Sevilla.

Una vez vistos los precedentes de su gobierno, se pasa directamente a ver cuál fue la relación mantenida con los distintos territorios que aglutinaba la Monarquía Hispánica. Aunque se desgranar bastantes más temas, como los primeros acercamientos a Inglaterra –previos a la guerra con esta–, Rivero destaca la importancia del *annus mirabilis* de 1625 y el impacto que tuvo en el espíritu del valido. La famosa «jornada de los vasallos», en la que se recuperó San Salvador de Bahía gracias a la actuación conjunta de la flota hispanolusa, alimentó el optimismo de don Gaspar. Si el Gran Memorial fue echado por tierra en páginas anteriores, en este capítulo le llega el turno a la Unión de Armas. Considerado tradicionalmente como uno de los pilares de la política olivarista, no parece que fuera sino algo coyuntural de cara a la jornada de Aragón de 1626 y para poder obtener liquidez en las Cortes. La idea principal que subyacía a este «proyecto» no era otra que la coligación: igual que los estados se reunían en ligas, lo mismo podían hacer los vasallos del Rey Planeta. La fragilidad de este plan y la falta de una campaña publicitaria previa e intensa hacen desconfiar a Rivero de que el conde duque quisiera llevar a cabo los planes que se le han atribuido normalmente.

La estructura de gobierno seguida por el conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor ya queda dibujada previamente, si bien en el cuarto capítulo se le dedica atención particular. Principalmente se destaca la marginación sufrida por los consejos en favor de una supuesta celeridad e



inmediatez de las juntas. Ahora bien, es de especial relevancia el modelo que don Gaspar pretendía instaurar en la Monarquía, dotando a sus distintos miembros de una mayor autonomía, posiblemente para librar a esta de problemas de menor entidad. Uno de los grandes cambios durante su privanza fue la normalización de virreyes autóctonos, algo que siempre había sido evitado. Se liquida este epígrafe tendiendo un puente con el siguiente, el quinto ya del trabajo, sobre los problemas surgidos en 1627 al estallar la guerra en el Milanesado. Fue en esos momentos cuando los esfuerzos del valido se redoblaron para elaborar un discurso propagandístico fuerte, siguiendo con una explicación de como Olivares se encontraba absorbido por los aparentes triunfos de las armas españolas.

En una mezcla abigarrada de asuntos que se encuentran en este capítulo, se tiene en cuenta también la enrucijada complicada en la que se situó la política hispana, en guerra abierta a partir de 1635 con Francia, potencia católica. También se presta atención al palacio del Buen Retiro, y en particular al famoso Salón de Reinos, tenido como fuerte reflejo visual de la política del momento. Rivero llama la atención precisamente sobre el hecho de que su temática era puramente política, carente de cualquier referencia a la defensa del catolicismo, supuesto *leitmotiv* de la Monarquía Hispánica.

Don Gaspar tendió a acaparar como propios los éxitos de los ejércitos de la Monarquía, al igual que un sinfín de títulos y cargos. Preci-

samente esta dinámica, sumada al aumento de la fiscalidad, sería la que terminase por enemistarlo con una parte considerable del estamento nobiliario y de la Iglesia. Mediante estas ideas, se da entrada al sexto y penúltimo capítulo, titulado significativamente *El hundimiento*. En este espacio se consagran sus páginas a explicar las crisis de Cataluña y Portugal y, principalmente, las diferencias entre ambas y cómo fueron recibidas y percibidas por Olivares. De la primera, una explosión espontánea en un panorama tremendamente convulso, llama la atención leer que tan apenas tuvo importancia en sus comienzos para el conde duque. La segunda, largamente planificada y esperada por el difícil encaje de Portugal en la fábrica de la Monarquía, prácticamente no sorprendió a nadie.

Se despide la obra con un séptimo apartado, un epílogo en el que se pone de manifiesto que el problema principal fue la soledad del proyecto, aparte de estar deslegitimado por la falta de apoyo de la Iglesia a causa de sus disensiones con esta. No se podía luchar supuestamente por la fe y estar a la par enemistado con el papado, tampoco gobernar mediante resonantes victorias militares pero acompañadas de fracasos políticos.

Sin lugar a dudas nos encontramos ante una obra que no dejará indiferente al lector. Su contenido es novedoso y ofrece una argumentación sólida que busca, no solo entender de forma completa el panorama político del valimiento del conde duque y su forma de pensar y actuar en consecuencia, sino también desmon-

tar lo que han sido los grandes pilares de la supuesta política olivarista. Quizás pueda achacársele demasiada concisión en diversos pasajes, donde son necesarios conocimientos más sólidos para poder seguir el libro; y, por otro lado, hubiera sido deseable un mayor cuidado en los aspectos formales por parte de la editorial, teniendo en cuenta el gran interés del contenido del volumen.

En todo caso, a partir de este libro entendemos que van a cambiar los enfoques de uno de los personajes más importantes del siglo XVII español o, al menos, servirá para reflexionar sobre el camino seguido hasta el momento y reconducir los trabajos desarrollados hasta ahora. Un trabajo sobre una figura compleja, enclavada en un ambiente político convulso, explicada con sencillez y, sobre todo, inteligencia.

Jaime ELIPE SORIANO  
*Universidad de Zaragoza*

## Un editor en la España liberal

Jesús A. Martínez Martín, *Los negocios y las letras. El editor Francisco de Paula Mellado (1807-1876)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, 585 pp.

En las décadas centrales del novecientos, los historiadores españoles, así como los de algunos otros países, descuidaron, con algunas meritorias excepciones, a los hombres

y mujeres del pasado. Las personas de carne y hueso fueron sustituidas, en general, por estructuras y grupos (clase social, nación, Estado, identidades), cifras y porcentajes. Eran, en fin de cuentas, un simple número o algo que solamente se entendía y justificaba por su inserción en un conjunto. El olvido de los individuos –el «hombre en el tiempo» de la definición clásica de la historia de Marc Bloch– tuvo como consecuencia una reconstrucción del pasado deshumanizada en demasía. Los cambios que se produjeron en el último cuarto del siglo XX, desde el amplio impacto de la microhistoria de Carlo Ginzburg hasta el retorno de la biografía, corrigieron parcialmente esta carencia. Hoy se escriben excelentes biografías históricas en nuestro país.

«Hablábamos de burguesía sin conocer a los burgueses», apunta Jesús A. Martínez Martín, en esta misma línea, en el excelente libro que acaba de dedicar a un importante –y hasta ahora casi desconocido– editor español del siglo XIX: Francisco de Paula Mellado (1807-1876). La obra, publicada por las Prensas de la Universidad de Zaragoza, que dirige con acierto y pasión Pedro Rújula, reconstruye minuciosamente y a partir de numerosos documentos de archivo la apasionante vida de este personaje. Y lo ubica, en todo momento, en su contexto histórico, presidido por el naciente mundo liberal. Su biografía es, asimismo, sostiene el autor, la del espíritu del siglo XIX.

Francisco de Paula Mellado fue un editor muy conocido y reconocido en la época. Sus ocupaciones no se li-

mitaron, sin embargo, a este terreno. Granadino de origen, su familia se instaló en la década de 1820 en Madrid y allí iba a intentar abrirse camino en el mundo literario. Antes de cumplir los 25 años pergeñó una novela, *La tertulia de invierno*. Entre 1831 y 1833 vieron la luz media docena de libros de su autoría, la mitad traducciones del francés. El escaso éxito de estas obras impulsó a Mellado a lanzarse al ruedo periodístico. Fue el editor de *El Semanario Crítico*, *El Tiempo*, *La Estafeta*, *Fray Gerundio* o *El Iris*. Desde 1836 contaba con imprenta propia, que fue ampliando poco a poco. Así pudo diversificar los productos, con opúsculos, folletos y algunos libros.

A mediados de la centuria, el negocio periodístico y editorial de Mellado iba viento en popa. En 1846 se puso en funcionamiento una imponente empresa en la madrileña calle de Santa Teresa: Establecimiento Tipográfico de D. F. de P. Mellado. Contaba con 121 trabajadores fijos un año después, cuando salieron del establecimiento más de doscientos mil volúmenes de todas clases. Además fundó, con otros socios, la Fundición Española de Caracteres de Imprenta. Mellado era un editor moderno y completo, muy atento a la demanda del público. Editaba, imprimía y distribuía, gracias a un Gabinete Literario y una red de correspondientes. La venta por entregas, las suscripciones y la publicidad eran los pilares básicos del negocio. Dio a la luz un buen número de colecciones, desde la Biblioteca Popular Económica hasta la Biblioteca Española o la Biblioteca Ilustrada. Tuvo éxito, también, en la

edición de enciclopedias, diccionarios, manuales y guías. Él mismo elaboró una *Guía del viajero en España*. No descuidó los periódicos: *El Cotidiano*, *El Avisador*, *La Abeja Literaria*, *La Crónica*, *El Mundo Ilustrado* o, sobre todo, *Museo de las Familias*, con más de cinco mil suscriptores. Entre los autores que publicaron en el establecimiento de Mellado destacan Antonio Pirala, Ramón de Mesonero Romanos, Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) o Modesto Lafuente. De este último fue, precisamente, uno de los grandes éxitos de la empresa: la *Historia General de España*.

La excelente marcha del imperio editorial y su espíritu emprendedor y ahorrador hicieron que se arriesgara en los negocios bancarios y especulativos. Fundó, asimismo, una Caja de Seguros, ampliada posteriormente a los seguros de quintas. Las minas, junto con la fundición de minerales y los inmuebles, acabaron siendo piezas clave de su empresa. Incluso entró en el negocio azucarero. Tocó muy distintos ramos, generadores de más o menos altos rendimientos. Los libros siguieron aportando beneficios. Imprimía y publicaba en Madrid y en París; su catálogo, en 1866, en lo que iba a marcar su cénit como editor, antes del hundimiento, contaba con un total de 483 títulos. Destacaban los 34 tomos de la *Enciclopedia moderna*. En los años sesenta todo quedó integrado en un denominado Banco Industrial y Mercantil. El banquero-empresario-librero Mellado, sin embargo, acabó arruinándose como consecuencia de los negocios mineros, que se llevaron por delante todo lo

demás. La usura y los acreedores presidieron el desplome, en plena crisis de mediados de la década de 1860. Como afirma el autor, «su éxito y su fracaso eran hijos de su tiempo, un tiempo que, a su vez, Mellado y su generación habían contribuido a crear».

Mellado murió en el extranjero –en Bayona, en donde se había instalado en 1869– y en el anonimato, desprestigiado y sin dinero ni negocios de ningún tipo. Quedaron solamente sus obras. El empeño y el buen hacer de Jesús A. Martínez Martín lo han recuperado de un inmerecido olvido. Contamos desde ahora con una magnífica biografía del personaje. La suma de trabajos como este debería permitirnos llevar a cabo una reconstrucción de la historia de la España del siglo XIX más compleja y completa, así como mucho más humana.

Jordi CANAL

*École des Hautes Études  
en Sciences Sociales (Paris)*

## La montaña sagrada. Tres estudios sobre el carlismo

Francisco Javier Caspistegui, Jeremy MacClaney y Manuel Martorell, *La montaña sagrada. Conferencias en torno a Montejurra*, Pamplona, Gobierno de Navarra/Nafarroako Gobernua, 2018, 115 pp.

Este libro reúne los textos de algunas de las conferencias impartidas

en el ciclo organizado por el Museo del Carlismo con motivo de la exposición temporal «Montejurra. La Montaña Sagrada», que pudo visitarse del 29 de noviembre de 2016 al 7 de mayo de 2017.

El primero de los textos corresponde a Francisco Javier Caspistegui, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Navarra, y se titula «El Montejurra carlista: mito y realidad». El autor comienza señalando el carácter simbólico que para el hombre han tenido a lo largo de la historia las montañas, como otros objetos naturales y culturales. Repasa en particular la tradición judeocristiana al respecto y explica como la extensión de lo sacral al conjunto de las montañas se incrementó a partir de los siglos XVII y XVIII y de pleno en el romanticismo, y como en el siglo XIX a la oposición llanos-montañas se le dota de significado político: las llanuras con las izquierdas, y las montañas con las derechas y el catolicismo.

Después de esta introducción, estudia la relación entre el carlismo y la montaña, asociados desde el comienzo. Ya durante la primera guerra se acudió a la imagen montañesa de los carlistas, en el Maestrazgo como en Navarra, y se mantuvo durante la segunda. Pronto esta imagen se extendió más allá de las fronteras hispanas (como en el *Ramuntxo* de Pierre Loti) y de los límites ideológicos del carlismo. Otros elementos del universo simbólico montañés, como los árboles, se pusieron también al servicio del carlismo, de modo que este ámbito rural estaba en clara

oposición a las ciudades, como escribiría Balmes para Cataluña.

Caspistegui pasa después a estudiar la sacralización de Montejurra. No faltan montes asociados al carlismo, en especial los lugares de batalla durante las guerras del XIX (Morella, Oriamendi, las Améscoas, etc.) o el lugar sagrado de Montserrat. En ese contexto hay que incluir Montejurra, «una montaña legendaria para el carlismo, aunque su valoración e importancia haya variado con el tiempo» (33). A ese respecto, distingue cuatro etapas: anterior al mito (1833-1872); creación y consolidación del mito (1873-1935); sacralización (1936-1977); y, a partir de 1977, fin del mito.

En 1835, con Zumalacárregui, Montejurra se hizo presente. Desde entonces se convirtió, sobre todo para los liberales, en el monte carlista por excelencia. Pero su mitificación se produjo durante la segunda guerra, con la batalla de noviembre de 1873, si bien es cierto que tres años después, con la victoria liberal del 18 de febrero de 1876, fue mitificado por el ejército alfonsino. «Sin embargo, este intento de capitalizar para el ejército alfonsino el significado de Montejurra no trascendió del ámbito puramente militar, pues Montejurra siguió formando parte, entre los no carlistas, del universo de lo negativo, de lo reprochable» (p. 41).

«[L]os meses anteriores al inicio de la guerra civil asistieron a un refuerzo del simbolismo que implicaba Montejurra (...en un) tono cada vez más ardorosamente belicista y de cruzada» (p. 42). La sacralización culminó con la Guerra Civil y la

posguerra, y el impulso a la llamada romería de las madres navarras, de carácter religioso y conmemorativo. Se instaló un vía crucis, con cruces de piedra desde 1954.

En los años cuarenta, las romerías anuales se celebraron bajo estrecha vigilancia gubernativa, con escasa asistencia y predominio religioso. En los cincuenta comenzaron los cambios: asistió a los actos una nueva generación que no había conocido la guerra y, desde 1957, Carlos Hugó, el hijo mayor de Javier de Borbón-Parma. La asistencia creció mucho y, además de actos religiosos, en los sesenta esta «masiva manifestación de masas» (p. 47) adoptó una creciente orientación política, de tono claramente antifranquista desde 1969.

En ese contexto se inserta el Montejurra de 1976. En años anteriores algunos sectores tradicionalistas reclamaron recuperar lo religioso y conmemorativo, con apoyo del hermano de Carlos Hugó, Sixto. Como resultado del enfrentamiento, se produjo el asesinato de dos miembros del Partido Carlista, que reaccionó con indignación, reclamando justicia y calificando a los fallecidos de mártires del carlismo. Desde 1977, año en cuyas elecciones no pudo participar como carlismo legalizado, Montejurra «fue quedando en un segundo plano y, pese a que aún es habitual la asociación de la montaña de Tierra Estella con el carlismo, bien puede afirmarse que ha perdido buena parte del carácter sagrado que tuvo» (p. 51).

Jeremy MacClancy, catedrático de antropología social en la Oxford Brookes University, realizó un intensi-

vo trabajo de campo durante casi dos años a finales de los ochenta en el pueblo de Cirauqui (Tierra Estella), cuando muchos veteranos de la Guerra Civil seguían con vida. En su texto reconstruye lo que llamó la «cultura requeté», mediante cuatro dimensiones: religión, historia, familia y fidelidad.

La «religión requeté» era probablemente el elemento clave. Muchos veteranos afirmaban que la cuestión religiosa les había movido a combatir. Eran carlistas porque dicha ideología estaba basada en la religión; pero cuando hablaban de su apoyo a esta no lo hacían con categorías eclesíásticas o teológicas, sino que promovían un concepto tradicionalista de identidad local a través de un lenguaje religioso. Una parte muy importante del modo de vida de los carlistas de Cirauqui estaba conformada y condicionada por la religión. «Puesto que el cristianismo ordenaba y daba significado a tantos aspectos distintos de la cultura local, cualquier amenaza a la Iglesia establecida hacía peligrar, a su vez, la forma de vida del pueblo. Muchas personas de Cirauqui vieron las reformas previstas por la incipiente República como una amenaza (...). Es [el] carácter central del catolicismo en sus creencias, junto con la persistencia a lo largo de la historia de tal centralidad, lo que contribuyó a hacer tan distintivo al Carlismo en el ámbito local y lo que permitía a los requetés verse, al igual que sus antepasados, como los autoproclamados “guardianes de la Iglesia”» (pp. 72-73).

El segundo de los elementos de la cultura requeté era la historia, aso-

ciada al pueblo desde muy antiguo, parte incuestionable de sus tradiciones y, para muchos carlistas, motivo de orgullo. «Nuevamente, es esta profundidad histórica la que distingue al carlismo de todos los demás grupos políticos en el pueblo. Por el contrario, el liberalismo, su viejo adversario, estaba ya agotado cuando llegó la República y desapareció por completo bajo Franco» (p. 73).

El tercer elemento es la familia. Los veteranos afirmaban que habían ido a la guerra por la amenaza contra la religión, pero que se habían hecho carlistas por sus familias, porque así lo habían hecho sus padres. Ejercían estos una gran autoridad y exigían mucho respeto, incluso más allá del círculo inmediato de la familia. Los hijos debían respetar a su padre tanto en vida de este como después de su muerte.

El cuarto y último elemento de la cultura requeté de Cirauqui era la fidelidad. En este caso, tanto carlistas como liberales consideraban muy importante que las personas se mantuvieran fieles a unas ideas políticas durante toda su vida, y evitar ser un «chaquetero».

Concluye el autor preguntándose qué influencia tenía sobre los veteranos de Cirauqui el lema carlista «Dios, Patria, Fueros, Rey»; y responde: «aunque estos incondicionales de la causa, que conformaban la columna vertebral del movimiento, aparentemente se mostraban indiferentes a los conceptos de Patria, Fueros y Rey, sí les importaba, y de forma apasionada, el concepto de Dios. El catolicismo representaba una parte ínti-

ma y compleja de su forma de vida, y no querían que nadie lo cambiara. No obstante, aunque habían luchado en la guerra para salvaguardar su religión, eran carlistas ante todo porque así les habían criado sus padres. (...) Y si el carlismo formaba parte de la tradición que el padre legaba a sus diligentes hijos, entonces el carlismo de pueblos como Cirauqui no debía entenderse como una declaración política, sino más bien de carácter filial. Ser carlista era una forma tradicional de mantener la tradición paterna. Ello representa un motivo estructural fundamental de supervivencia a lo largo de las décadas y, en las décadas de 1960 y 1970, una razón primordial de su declive» (p. 89).

Finalmente, Manuel Martorell, doctor en Historia por la UNED, presenta un estudio sobre la evolución del carlismo en la revista *Montejurra*, nacida en 1960 como boletín de la Juventud Carlista navarra, que no tardaría en alcanzar difusión nacional y que en 1964 sustituyó el formato periódico inicial por el formato revista, con el que siguió hasta 1971.

Otra fecha importante en la historia de *Montejurra* es agosto de 1968, cuando, al fallecer su director, Eugenio Arraiza, la dirección pasa a sus hijos y, con ellos, la línea de la revista queda en el ámbito de los jóvenes y progresistas del carlismo, que dan a la publicación una orientación claramente vanguardista. La revista, concluye el autor, que hace un minucioso estudio de la evolución de su aspecto formal y de sus contenidos empleando mapas y gráficos eficaces y expresivos, «fue concebida y funcionó

en todo momento como instrumento de intervención política para reforzar el proyecto de los Borbón-Parma, y en concreto el de Carlos Hugo, en su intento de impulsar una modernización del legitimismo» (pp. 101-102).

En definitiva, a través de la publicación de estas tres conferencias se trata de hacer llegar al gran público la situación actual de la investigación sobre el carlismo, «este fenómeno social y político –se dice en la presentación del volumen– de tanta importancia para la historia contemporánea de Navarra y de España».

Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR  
*Universidad de Navarra*

## Discutiendo sobre el imperio

Martin Thomas y Richard Toye, *Arguing about Empire. Imperial Rhetoric in Britain and France, 1882-1956*, Oxford, Oxford University Press, 2017, 288 pp.

Desde finales del siglo XIX, con el objetivo de ganar la carrera colonial y al mismo tiempo lograr la adhesión de las poblaciones de las metrópolis, las campañas coloniales de todas las potencias europeas fueron objeto de un intenso proceso de justificación y legitimación. En esta época, la autojustificación de las potencias imperialistas en sus reivindicaciones territoriales fue un aspecto esencial para todos los estados europeos, tanto a la hora de encarar las relaciones diplomáticas con otros



países como a la hora de vender un discurso coherente a sus poblaciones domésticas. Las constantes disputas por los territorios de ultramar marcaron la agenda política europea y condicionaron los escenarios de la diplomacia mundial desde el último cuarto del siglo XIX, por lo que los discursos legitimadores empleados por los estados se presentan como un interesante y útil objeto de estudio.

Martin Thomas y Richard Toye presentan un estudio extraordinariamente ambicioso y excelente, que examina las intersecciones de la retórica imperial desde finales del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. Lo hacen mediante una aproximación comparativa a las dos principales potencias imperialistas, Gran Bretaña y Francia, que a lo largo de estos siglos lidiaron continuamente por la supremacía colonial en tierras extranjeras, tras siglos de competencia en la propia Europa.

Esta obra se enmarca en la línea de estudios coloniales que ya han desarrollado en años anteriores ambos autores. Martin Thomas, *professor* de Historia Imperial y director del *Centre for the Study of War, State, and Society* en la Universidad de Exeter, ha investigado ampliamente sobre la historia de la descolonización europea y la política internacional francesa, en trabajos como *Violence and Colonial Order* (2012) y *Fight or Flight: Britain, France, and their Roads from Empire* (2014). Por su parte, Richard Toye, *professor* de Historia Contemporánea también en la Universidad de Exeter, es especialista en historia de la retórica

y es autor de numerosos artículos y varias obras monográficas, incluidas *Rhetoric: A Very Short Introduction* (2013) y *The Roar of the Lion: The Untold Story of Churchill's World War II Speeches* (2013).

Este ensayo, *Arguing about empire. Imperial Rhetoric in Britain and France, 1882-1956*, publicado por la prestigiosa editorial Oxford University Press, analiza los momentos más decisivos en los que las dos principales potencias imperialistas de Europa tuvieron choques durante la carrera colonial, desde la época del alto imperialismo de finales del siglo XIX hasta la era de la descolonización de la segunda posguerra mundial.

La estructura de *Arguing about empire* adopta un enfoque de estudios de caso, tomando como objeto de estudio los debates imperiales que surgieron como consecuencia de los conflictos territoriales en las colonias, que se produjeron en varios momentos clave entre ambos países. Los episodios estudiados han sido seleccionados tanto por su rango cronológico como por su variedad y, sobre todo, por las discusiones que suscitaron. Algunos resultaron en disputas directas; otros hicieron necesaria la cooperación en tensas circunstancias; pero todos ellos fueron, como puede verse en el libro, puntos de inflexión en la dinámica colonial.

Los conflictos analizados incluyen las crisis tunecinas y egipcias de 1881-1882, que vieron a Francia y Gran Bretaña establecer nuevos protectorados en el norte de África, aparentemente en cooperación, pero en



realidad en competencia; la crisis de Fashoda de 1898, momento en el que Gran Bretaña y Francia estuvieron al borde de la guerra tras la reconquista británica de Sudán; las crisis marroquíes de 1905 y 1911, primera prueba de fuego para la *Entente Cordiale*, en las que Gran Bretaña prestó apoyo a Francia ante las amenazas alemanas; la crisis de Chanak de 1922, cuando la *Entente* imperial se derrumbó ante la amenaza de un ataque por parte de la Turquía kemalista; la Segunda Guerra Mundial, que puede verse en parte como una guerra colonial no declarada entre antiguos aliados, complicada por la división del Imperio francés entre las fuerzas francesas libres de De Gaulle y las que se posicionaron con el régimen de Vichy; y, finalmente, la intervención de Suez en 1956, cuando, lejos de ayudar a desactivar otra crisis imperial, Gran Bretaña se alió con Francia e Israel para invadir Egipto.

Thomas y Toyé hacen un gran trabajo explicando detalladamente lo que estaba en juego en cada una de estas crisis, cómo se desarrollaron y cómo se relacionaron entre sí, extrayendo valiosas lecciones de cada una de ellas. Por ejemplo, los autores argumentan que ambas crisis marroquíes, tanto la de 1905 como la de 1911, se intensificaron no debido a malentendidos entre sus protagonistas, sino porque cada uno percibió correctamente que el otro buscaba una ventaja decisiva a su costa. El capítulo sobre la crisis de Chanak, por otra parte, ilustra la enorme tensión entre británicos y franceses en las negociaciones sobre el destino de

Turquía y el ascenso de los nacionalistas turcos después de la Primera Guerra Mundial. Otras veces, conflicto y cooperación fueron de la mano, como fue el caso durante la Segunda Guerra Mundial o la invasión de la península del Sinaí.

Un punto muy positivo a destacar es la amplitud del marco cronológico del libro, que permite al lector observar la evolución de la retórica imperial de ambos países, lo que revela como los imperios de Gran Bretaña y Francia se vincularon intrínsecamente, llegando los autores a utilizar el término «co-imperialismo». Esto es particularmente cierto en los casos de Oriente Medio y el Norte de África, donde los imperios británico y francés actuaron conjuntamente desde el siglo XIX hasta que las realidades de la descolonización a gran escala se hicieron evidentes en la segunda mitad del siglo XX. A pesar de que los objetivos estratégicos de ambos países eran contradictorios y, a veces, se oponían diametralmente, los autores argumentan que ninguno de los poderes imperiales podía sostener los territorios de Oriente Medio por sí solo.

Otro aspecto muy interesante de este libro es que permite al lector explorar el abismo entre las realidades de este coimperialismo y el lenguaje y narrativas que se usaron para oscurecerlo y perpetuarlo. De esta manera, los autores han unido su vasto conocimiento colectivo sobre el imperialismo francés y británico para proporcionar una nueva perspectiva global sobre las formas y discursos utilizados por políticos,

periodistas y comentaristas políticos que sancionaron las actitudes imperiales. Sirven como ejemplo los argumentos utilizados para la ocupación británica de Egipto en 1882 para proteger sus intereses financieros y estratégicos, o como la incapacidad del sultán de Marruecos para mantener el orden en determinadas zonas de su país a principios del siglo XX, fomentada por las potencias europeas, sirvió a los intereses franceses para representar la caótica situación interna de Marruecos como una justificación para su intervención en el territorio, así como los pretextos utilizados para justificar la intervención anglofrancesa en Egipto en 1956 a raíz de la nacionalización del canal de Suez por el régimen de Nasser.

Indudablemente, todas estas ideas se ven reforzadas por la gran cantidad de fuentes de archivo bien investigadas de Gran Bretaña y Francia. Además, el uso combinado de la prensa británica y francesa, en particular de los periódicos locales, que han sido frecuentemente denostados por muchos historiadores, ayuda a enriquecer cada uno de los estudios de caso. Al analizar con exhaustividad estas fuentes y comparar las narrativas que construyeron, los autores ayudan a comprender la conciencia imperial colectiva de ambas potencias. Por lo tanto, Thomas y Toye han utilizado este enfoque para abrir el campo de estudio y alentar a otros historiadores a explorar el legado de la retórica coimperial británica y francesa. Puede ser particularmente interesante investigar el momen-

to en el que el discurso de ambos estados comenzó a romperse debido a la descolonización y al proceso de cambio de Gran Bretaña y Francia de potencias globales a meros miembros de la Unión Europea subordinados a los dos grandes poderes de la Guerra Fría.

Por otro lado, este trabajo no es, de ninguna manera, la mera historia discursiva pura y dura que su título pueda parecer sugerir. No obstante, es cierto que un análisis más detallado sobre el impacto real de los discursos coloniales en los distintos niveles de las sociedades británica y francesa aportaría una mayor riqueza y profundidad al conjunto de la obra.

A pesar de todo, el libro busca no solo reconstruir los argumentos sobre el imperio utilizados por británicos y franceses, sino también conectarlos con las realidades imperiales y la toma de decisiones políticas prácticas. En conclusión, este libro confirma la profundidad de la rivalidad entre Gran Bretaña y Francia, y al mismo tiempo su interdependencia como imperios opuestos. Unas veces uno conspiraba contra el otro, y otras ambos estaban ostensiblemente unidos. Pero, en definitiva, tanto en el proceso de expansión, como cuando se enfrentaron a desafíos externos y violencias internas, así como en la descolonización final, los imperios británico y francés se alzaron y cayeron juntos, y este libro ayuda a confirmar que no pueden entenderse el uno sin el otro.

Alfonso BERMÚDEZ MOMBIELA  
*Universidad de Zaragoza*

## Releyendo a los intelectuales

Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*, Madrid, Akal, 2018, 384 pp.

Acostumbrados a un tratamiento generoso del *compromiso* del intelectual por parte de la izquierda política en la segunda mitad del siglo XX, podría parecer que su declive cierto, como figura pública y como función social, acabaría encapsulando y dando por concluido este modelo de análisis de una categoría social, o más bien un concepto confuso, que se conviene nació, como exitoso término, en un lugar y un momento precisos. Como es bien conocido, se remite al 14 de enero de 1898, cuando se hiciera público en el periódico *L'Aurore* aquel que vendría a llamarse «Manifiesto de los intelectuales» a propósito del caso Dreyfus, el cual iba a quedar marcado, como acontecimiento clave, en la pugna conservadora, de duradera exacerbación nacionalista y antiseimita que atravesó a la sociedad francesa en el final del siglo, dividiéndola en bloques.

Pero, lejos de permanecer fija y estática –los intelectuales son «especie en constante evolución», como se anuncia en este libro que comento (p. 17)–, la consideración y análisis de ese grupo de élite y sus representantes más destacados ha concitado sucesivos tratamientos, no siempre renovados, que no escapan a la imprevista del flujo temporal y de los

contextos ideológicos, como no puede por menos de ser. Y no solo porque, como señaló Román Gubern, «el tiempo contribuiría a resemantizar esas connotaciones políticas del nuevo apelativo» (*Metamorfosis de la lectura*, 2010), sino porque la reconsideración creciente sobre los grandes desafíos de la modernidad y las profundas crisis del siglo XX, con las dificultades permanentes de la democracia para imponerse de un modo estable y sólido, arroja luz –inesperada más de una vez– sobre actuaciones y configuraciones hasta ahí idealizadas pero, a partir de un punto de inflexión crítica, ya no tan convincentes ni aplaudidas.

Frecuente es, de este modo, el encontrar estudios que leen a *contrario* los estereotipos más corrientes sobre el papel político (el *compromiso*) de los intelectuales europeos, especialmente en el periodo de entreguerras y durante la Guerra Fría. Ambigua y polarizada por esencia (el sentido político del término precede, como se ha dicho, y se superpone al profesional, el de «productor de cultura», aunque este último haya ido densificando y ampliando el espectro de esa categoría social, en principio sin renunciar a su función crítica pero diluyéndola acaso),<sup>1</sup> la figura del intelectual permite y facilita revisiones constantes que, por utilizar la expresión del diplomático y escritor italiano Maurizio Serra, nos dejan una representación amplia de sus componentes como responsables directos, conscientes o inconscientes, de haber abierto la «herida de la modernidad» y de ahondar de mane-

ra constante en ella, fabricando esa brecha irreparable que conforma la identidad escindida del sujeto desde el amanecer del siglo XX. Esa divisoria ambigua y peligrosa que –con fuerza y energía creadora en cuanto a realizaciones estéticas brillantes– conduciría también, al mismo tiempo, hasta la demencia criminal del holocausto y el gulag.<sup>2</sup>

Un modo de acercamiento este, sin embargo, que no ha sido común entre nosotros, más preocupados muy posiblemente, sobre todo a partir de la década de 1990, por la llamada «muerte del intelectual», por su defeción del compromiso político y su atonía social, o, más aún, por la pérdida de su papel político bajo el viento implacable de las transformaciones derivadas de la cultura mediática.

No obedece por tanto a moda historiográfica ninguna el ocuparse ahora de este colectivo, los intelectuales, por más que entre la producción española sea de hecho una novedad muy digna de aplauso este libro coral, bien pensado y armado, que han editado Maximiliano Fuentes (Universitat de Girona) y Ferrán Archilés (Universitat de València). Lo han rotulado con un título acertado, muy sugerente, que tiende a descentrar el foco del compromiso personal –el individuo–, para depositarlo en el valor y los efectos derivados de las ideas sostenidas. Así, serían estas, las ideas, las que *se comprometen* y las que comprometen a quienes las sostienen, y a quienes las aceptan a su vez, apropiándose las y renegociándolas... Descarnando así –o al

menos pretendiéndolo– los sucesivos relatos de historia intelectual que aquí, en este libro, se reúnen, los editores han conseguido un texto de interés general considerable, en el que todos y cada uno de los textos merecerían seguramente una atención más pormenorizada de la que aquí podemos dedicarles.

Nos limitamos pues a enunciar las temáticas, en las que destacan variedad y ambición de, al menos, intentar registros amplios: desde la revisión de un asunto clásico (la inflexión de los intelectuales europeos ante la Gran Guerra, así como la postura de los socialistas de entonces ante el nacionalismo o el internacionalismo, o bien la posición panamericana, objetos respectivos de tres de los trabajos aquí incluidos) hasta la obligada detención en biografías intelectuales, como son las de dos figuras contrapuestas de gran talla: Camus y Sartre, pero también las del portugués António José Saraiva o el psiquiatra Castilla del Pino, pasando por estudios más globales (así los que afectan a la izquierda latinoamericana entre 1959 y 1990, al cosmopolitismo judío o a los intelectuales italianos del PCI entre el final de la II Guerra mundial y mayo del 68), además de los trabajos referidos a España: liberalismo y antiliberalismo entre 1898 y 1945, pero asimismo los intelectuales del PSUC. Un acierto, sin duda, esa mirada amplia, en la que se echa en falta sin embargo la atención al componente femenino, en intenso rescate, por otra parte, aquí o allá en el marco de los estudios de género.

Participan en el volumen, además de los propios editores, autoras y autores europeos y latinoamericanos, en su mayor parte conocidos del público español: Gisèle Sapiro, Paula Bruno, Patrizia Dogliani, Enzo Traverso, Ismael Saz, Albertina Vittoria, Jeanyves Guérin, José Neves, Ángel Duarte, Giaime Pala, Carlos Aguirre y François Hourmant. Sobrevuelan sus páginas además, aunque ellos mismos no estén presentes como participantes del texto colectivo, referentes tan obligados como son los nombres de Marcel Winnock, Christophe Charle, Pierre Nora, Wolf Lepenies, Michel Trebisch, Gérard Noiriel o Stefan Collini entre los más notorios, y desde luego siempre estarán ahí las alargadas sombras de Foucault y Bourdieu, así como la de aquella figura que, en su día, se convirtiera en prototipo máximo del intelectual comprometido, el inequívocamente parisino, y muy controvertido, Jean-Paul Sartre.

De hecho, la preocupación por la pérdida de valor social del intelectual ha sido percibida, desde los años ochenta del siglo XX, como una preocupación muy propia de la vecina Francia, de su estructura cultural y su conformación sociopolítica. Y no es casual que dos de los ensayos de este libro colectivo –el que lo abre y el que lo cierra– sean de autoría francesa: así la versión en castellano de un importante trabajo de 2009 de Gisèle Sapiro («Modelos de implicación política de los intelectuales: el caso francés»),<sup>3</sup> de gran interés metodológico, y así también el último de los textos incluidos, de François Hourmant («Bajo la prueba del des-

encanto. La desaparición del intelectual de izquierdas y la recomposición del campo intelectual francés»), que recoge los cambios sucedidos en el panorama francés tras el 68: la desaparición del intelectual *profético* sartriano y su atomización posterior, entre el intelectual *específico* de Foucault, el intelectual *colectivo* de Bourdieu y el intelectual *mediático*, a quien abrirían la puerta sin reparos figuras en permanente evolución como la de Bernard-Henri Lévy.

Con todo, el texto de Hourmant cierra su revisión precisamente en los años ochenta, cuando ya fue asumida y compartida la renuncia de los propios intelectuales a aquella que en otro tiempo se creyera (porque ellos mismos así lo proclamaban) su «misión» específica: el *decirle la verdad* al poder, el tratar de influirle y controlarlo, el *cambiar* o *reformular* el mundo... Y la pregunta es, por supuesto, qué ha ocurrido desde entonces a hoy: ¿Qué es a estas alturas un intelectual, en el contexto de la sociedad globalizada y posdemocrática...? ¿A quien, o a qué, destinamos el nombre –si procede–, en el marco, cada día más visible, de la estrechez de márgenes del estado-nación...?

Es preciso advertir, porque es de justicia mencionarlo y está implícito en el volumen todo, que en su bien cuidada introducción los editores de este *Ideas comprometidas* se preguntan si no es posible otra manera –en esta era de las *fake news* y la mentira como arma política– de entender el compromiso del intelectual, un actor social concebido ya como «experto», como conocedor de los problemas

y posible proveedor de soluciones, frente al vaciado constante y omnipresente del sentido en todo género de terminologías y discursos.

Abierta queda la respuesta o respuestas posibles, y esta obra plural es sin duda una herramienta útil para el conocimiento y la reflexión.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA  
*Universidad Complutense  
de Madrid*

## Notas

- <sup>1</sup> Así lo entiende, entre otros muchos, Alain Minc, *Una historia política de los intelectuales*, Barcelona, Duomo, 2012.
- <sup>2</sup> Maurizio Serra, *La ferita della modernità. Intellettuali, totalitarismo e imagine del nemico*, Milán, Il Mulino, 1992.
- <sup>3</sup> La versión original se incluye en Gisèle Sapiro (dir.), *L'Espace intellectuel en Europe*, París, La Découverte, 2009.